

La vida monástica y la renuncia a la luz de Juan Casiano

Adriana B. Mallol, M.D.

Doctora en Letras, Magister en Teología y Ciencias patristicas, Profesora de Doctrina Sagrada, Instituto Mater Dei.

El monacato propiamente dicho nació en el siglo IV como continuación de la vida de cristianos auténticos y generosos que siguieron el ejemplo de Jesús, de los apóstoles y de los mártires. La vida monástica está profundamente enraizada en la fuente misma de la vida cristiana, que comienza con el bautismo. En este sentido, el benedictino Louis Bouyer en su estudio sobre *El sentido de la vida monástica*, señala que «la vocación del monje es y es solo la vocación del bautizado. Pero es la vocación del bautizado que ha alcanzado la máxima urgencia. Todo el que se ha revestido de Cristo ha oído el llamado a buscar a Dios con ardor»¹.

Los primeros cristianos eran muy conscientes de la grandeza de los compromisos bautismales y deseaban imitar a Cristo hasta la muerte. El martirio ha sido considerado siempre como la expresión suprema de la caridad evangélica, como la imitación más perfecta del Señor. Cuando terminaron las persecuciones, muchos cristianos de ambos sexos quisieron alejarse del comercio con los paganos, desearon desprenderse de los bienes de este mundo, y abrazar una vida más conforme al evangelio. Comenzaron a llamarse *vírgenes y ascetas*. Estas palabras resaltan una nota esencial: *el celibato*. De esta manera, este tipo de vida comenzó a distinguirse del estado de los cristianos casados. El historiador Dom García Colombás, OSB, en un estudio dedicado al *Monacato primitivo*, explica:

Los ascetas de ambos sexos, antes del monacato, constituyen en cierto modo la primera manifestación de la vida religiosa en la Iglesia cristiana. En torno al núcleo primitivo y esencial del celibato –la renuncia más radical– apareció la pobreza voluntaria, más o menos perfecta; ayuno, abstinencia de ciertos alimentos, velas nocturnas, oración más frecuente, canto diario; en definitiva, casi todas las observancias que más tarde serían patrimonio de los monjes².

¹ L. BOUYER, *Le sens de la vie monastique*, Brepols, Paris 1950, 7: «C'est la vocation du baptisé parvenue au maximum urgence».

² G.M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004, 36.

El monacato fue un movimiento rico y complejo, marcado sobre todo por un espíritu de secesión, de separación del mundo, de pobreza, para imitar a Cristo con más libertad y radicalidad.

Juan Casiano es uno de los grandes testigos y maestros de la vida monástica. Fue un monje del siglo V del sur de las Galias, muy respetado en su época debido a su profunda experiencia espiritual. La había adquirido en su juventud, a través de una larga convivencia con prestigiosos cenobitas y anacoretas de Palestina y el norte de Egipto. Llegó a Marsella hacia el año 415 donde fundó dos monasterios, uno para varones (*Saint Victor*) y otro para mujeres (*Saint Sauveur*). A su llegada, entró en contacto con san Honorato y los monjes de Lérins, con los que forjó una profunda amistad y a los que dirigió sus dos obras monásticas: *Las Instituciones cenobíticas* y *Las Conferencias de los Padres*. Falleció en Marsella hacia el año 430. A lo largo de los siglos, fue considerado un *punto de unión entre el monacato oriental y el monacato occidental*.

Los libros de Casiano son notables por la sabiduría concreta que emerge de ellos. Su lectura fue explícitamente recomendada por san Benito en su *Regla* (n. 73). Aunque dedicadas a los monjes provenzales del siglo V, sus obras son actuales y pueden ser leídas y meditadas también por los laicos. Tienen por objetivo enseñar el camino de la perfección de la caridad.

El tema de la renuncia está particularmente presente en sus enseñanzas. Casiano denomina al monje como *un soldado de Cristo, un atleta, un servidor*, pero lo considera ante todo, como «aquel que renuncia a este mundo». Con este apelativo, Casiano quiere enfatizar que la renuncia es fundamental en la vida interior. Ella forma parte de su proceso de crecimiento y es *una condición necesaria* para alcanzar la vida contemplativa.

En el presente trabajo nos proponemos presentar su doctrina acerca de *la naturaleza de la renuncia monástica, sus grados y su finalidad*. En primer lugar, consideraremos el monacato y su exigencia de renuncia radical. En segundo lugar, analizaremos el tema de la triple renuncia en Casiano. En tercer lugar, presentaremos el fin de dichas renunciaciones, la contemplación de Dios.

En resumen, hemos intentado mostrar cómo Casiano enfatiza que la vocación monástica es una invitación especial y gratuita de Dios a la comunión con Él. Una invitación que implica una respuesta libre por parte del hombre, renunciaciones graduales y constantes. Esos desapegos son el camino necesario para la unión con Dios que es la razón última de todo desasimiento.

1. La vida monástica, una renuncia radical

La renuncia forma parte de toda vida cristiana. En efecto, en la predicación del Señor, la necesidad de la renuncia es fundamental. Jesús había dicho claramente: «Si alguno viene en pos de mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,26-27), y agrega más adelante: «El que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo» (Lc 14,33).

Se trata de una invitación especial y exigente por parte del Señor a desprenderse de bienes secundarios para elegirlo a Él como Único bien, capaz de saciar plenamente el corazón del hombre. Ese “dejarlo todo” presupone una gracia y un acto de fe en su Palabra. Implica *una muerte que es –paradójicamente– fuente de verdadera vida*, de fecundidad espiritual, como la semilla enterrada que debe morir para dar fruto. Los primeros apóstoles son un ejemplo de disponibilidad ante la llamada del Maestro. Lo dejaron todo para seguirlo: familia, trabajo, proyectos personales. Ese desapego tendía a la obtención de una recompensa, “salvar la vida”, es decir, la visión beatífica.

Básicamente, la vida cristiana es la invitación de Cristo a participar en su Misterio redentor, a morir al pecado para resucitar con Él a una vida nueva que comienza con el bautismo y que culmina en el cielo, con la unión definitiva con Dios-Amor infinito.

Según los maestros del monacato, la vocación monástica no es una vocación excepcional. Ella responde a la llamada de todo bautizado a «ser perfectos como el Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). El objetivo es *la santidad*, es decir, *la perfección de la caridad*. Ese objetivo es el mismo para todos los cristianos, lo único que variará para el monje serán los medios, los instrumentos que utilizará para alcanzar esa perfección. Entre estos instrumentos de perfección, el primero es la “separación del mundo”, es decir, *la renuncia*, que implica la práctica de los tres consejos evangélicos de *castidad perfecta, pobreza y obediencia*. Si bien la renuncia forma parte de toda vida cristiana, marca la del monje con un sello especial *de desapego completo y eficaz* que le da *mayor libertad* para buscar a Dios que lo ha llamado a su intimidad.

No se trata de renunciaciones obligatorias como la triple renuncia bautismal; son *renunciaciones facultativas* que implican una gran radicalidad –interior y exterior– y que han sido aceptadas desde los primeros siglos como *medios más perfectos para imitar la vida de Cristo* y para ascender a Dios con mayor caridad y libertad. No constituyen en sí mismas la perfección, sino que son el camino o el medio que conduce con mayor seguridad y más rapidez a la santidad. Esto se

debe al amor sobrenatural que las inspira y a la disponibilidad que producen en la vida del monje que se entrega completamente a Dios en cuerpo y alma.

La profesión monástica ha sido considerada por la tradición como un *segundo bautismo*. San Juan Pablo II puso de relieve esta relación en una de sus catequesis dedicadas a la vida consagrada. Señala que la vida religiosa implica una "nueva consagración" porque presupone también *exigencias más radicales de amor y de abnegación*. Compara esta consagración interior y perfecta con un "holocausto" y un "bautismo de fuego", es decir, con un martirio místico. Afirma:

El hombre que acepta la llamada y sigue los consejos evangélicos está realizando un *acto fundamental de amor a Dios*. La finalidad de los votos religiosos es *alcanzar una cumbre de amor*: un amor completo, dedicado a Cristo bajo el impulso del Espíritu Santo y, por medio de Cristo, ofrecido al Padre. De ahí el valor de *oblación* y consagración de la profesión religiosa, que en la tradición cristiana oriental y occidental se considera un "*bautismo flaminis*", ya que "el corazón del hombre es movido por el Espíritu Santo a creer en Dios, a amarlo y a arrepentirse de sus pecados"³.

Por su parte, el gran historiador del monacato primitivo, el P. García Colombás OSB, explica que la profesión monástica se consideraba un *segundo bautismo* porque el monje ratificaba solemnemente las promesas bautismales. Dicha profesión implicaba, según los ancianos, la experiencia del misterio de la muerte y la resurrección de Cristo de la misma manera que *el bautismo y el martirio de sangre*. En definitiva, el monje es aquel que, en diversas formas, renuncia a todo para buscar de modo absoluto el conocimiento, la adoración y el servicio a Dios. El P. Colombás explicita: «La espiritualidad del monacato primitivo fue una espiritualidad basada en la renuncia, la separación del mundo, la soledad, la ascesis, y dirigida hacia la oración continua, la contemplación y la caridad perfecta»⁴.

En conclusión, el monje es un cristiano que quiere contemplar a Dios desde esta tierra porque ha recibido una invitación especial para buscarlo con ardor. En este camino de ascenso espiritual, *el desapego* es fundamental porque es una liberación de todo lo que dificulta el encuentro con Dios amado por encima de todo. Es importante comprender que detrás de cada renuncia hay siempre *una elección libre de un Bien mayor* por el que vale la pena desprenderse

³ JUAN PABLO II, Catequesis *Las dimensiones de la vida consagrada* (26 de octubre de 1994).

⁴ G.M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, 393.

de los bienes transitorios, como enseña Jesús en la parábola del mercader que vendió todo para comprar *la perla preciosa* que había encontrado.

2. La triple renuncia en Juan Casiano

Hemos afirmado que, para toda la tradición, el monje es aquel que busca a Dios con radicalidad y mayor libertad. El sustantivo *monje*, del griego μοναχὸς, μόνος (solo), es originario de Egipto. Sus significados son diversos pero la primera idea que expresa es la de *soledad, separación, aislamiento*. Es decir que el monje es “aquel que vive solo”, que ha renunciado a una familia y al matrimonio. Es el que busca a Dios con un corazón indiviso, como enseña san Pablo (1Cor 7,34).

El monje es también *el que está unificado*, en su interior y con Dios. Se reconoce pecador, dividido dentro de sí mismo, pero con la ayuda de la gracia lucha por vencer el mal en su corazón; el fruto que desea alcanzar es la paz, la *apatheia* (ἀπαθεια) o *impasibilidad*. Un apotegma atribuido al gran Macario de Egipto afirma: «El monje se llama *monje* porque noche y día conversa con Dios, no ocupa su imaginación más que en cosas de Dios y no posee nada sobre la tierra»⁵. En una homilía dedicada a exponer el significado de la vida monástica, san Macario presenta la etimología del término “monje” de la siguiente manera:

Debemos saber qué es un monje y por qué manera de vivir merece realmente ese nombre [...]

Se le llama así, en primer lugar, porque *está solo*, absteniéndose de mujer y habiendo renunciado interior y exteriormente al mundo. Exteriormente, es decir, a las cosas externas y mundanas; interiormente, es decir, a las representaciones de tales cosas, hasta el punto de no admitir jamás los pensamientos de los cuidados mundanos.

En segundo lugar, se le llama monje porque *invoca a Dios con oración incesante*, a fin de purificar su espíritu de los numerosos e importunos pensamientos, y para que su espíritu llegue a ser monje en sí mismo, solo delante del verdadero Dios, sin acoger jamás los pensamientos que provienen del mal; al contrario, se purifica enteramente como conviene y permanece puro ante Dios⁶.

En resumen, la nota esencial para el monje y la razón de su unidad interior es la pertenencia completa y sin reservas a Dios, en

⁵ G.M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, 385.

⁶ G.M. COLOMBÁS, «El concepto de monje y vida monástica hasta fines del siglo V», *Studia Monástica* 1 (1959), 266.

cuerpo y alma. Como afirma Dom Jean Leclercq, OSB: «El monje busca vivir solo para Dios»⁷.

San Juan Casiano recoge toda esta tradición y se refiere al monje como «aquél que renuncia a este mundo». Justamente, el libro cuarto de sus *Instituciones cenobíticas* se denomina: «De la formación de aquellos que renuncian a este mundo» (*De Institutis renuntiantibus huic mundo*). En dicho libro, Casiano presenta el discurso del abad Pinufio a un novicio que está a punto de tomar el hábito, en el que le explica:

La renuncia no es otra cosa que el signo de la Cruz y de la mortificación. Por ende, debes saber que en este día tú has muerto a este mundo, a sus obras y deseos, y que, según el Apóstol, estás crucificado para el mundo y el mundo para ti. Considera entonces lo que implica la Cruz bajo cuyo misterio debes vivir desde ahora, a la luz de esta vida: porque ya no eres tú el que vive, sino que vive en ti aquél que fue crucificado por ti (*Inst. IV, 34*)⁸.

En estas solemnes palabras de bienvenida a la vida monástica se percibe el vínculo con la renuncia bautismal. El compromiso del monje está anclado en ella porque renuncia con conciencia y libertad al «mundo presente, a sus obras y a sus deseos». Exteriormente, la entrada en la vida monástica implicaba un despojo de los vestidos seculares y la toma de un “hábito” especial, cuyas partes están llenas de significado. Por ese “cambio de vestidura” el novicio expresaba la firme resolución de morir al pecado y de configurarse con Cristo. Al llamar al monje “aquél que renuncia”, Casiano está poniendo el acento en su decisión de alejarse del mundo, de abandonar el pecado y de buscar con una libre determinación el Rostro de Dios.

Casiano enseñará en su otra obra, las *Conferencias de los Padres*, que esa renuncia es *triple y gradual*. Habla especialmente de ella en la *Conferencia tercera*, titulada, «De las tres renunciaciones» (*De tribus abrenuntiationibus*). Por boca del abad Pafnucio, Casiano presenta tres tipos de vocaciones a la vida monástica y *tres tipos de renunciaciones* «todas necesarias para el monje, cualquiera que sea el orden de su vocación». Precisa:

Hablemos ahora de las tres renunciaciones. La tradición unánime de los Padres se junta a la autoridad de las Escrituras para mostrar que

⁷ J. LECLERCQ, «Études sur le vocabulaire monastique du Moyen Age», *Studia Anselmiana* 48 (1961), 8.

⁸ El texto en castellano ha sido tomado de la siguiente edición: JUAN CASIANO, *Instituciones cenobíticas*, traducción de P. Mauro Matthei OSB y Monjas benedictinas del monasterio Santa María Madre de la Iglesia (Uruguay), Ediciones Monte Casino/ECUAM, Zamora 2000. En adelante la obra será abreviada como *Inst.*

son tres, en efecto. Debemos trabajar con ahínco en ponerlas en obra. La primera consiste en despreciar todas las riquezas y bienes de este mundo. Por la segunda, renunciamos a nuestra vida pasada, a nuestros vicios y a nuestras afecciones del espíritu y de la carne. La tercera tiene por objeto apartar nuestra mente de las cosas presentes y visibles, para contemplar únicamente las cosas futuras y no desear más que las invisibles. Que es menester cumplir con las tres, es el mandamiento que el Señor hizo ya a Abraham, cuando le dijo: «Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre» (Gn 12,1) (Conf. III, 6)⁹.

Como es su costumbre, Casiano basó sus enseñanzas en textos de la Sagrada Escritura y en la Sagrada Tradición. En esta ocasión, presenta el ejemplo de Abraham que lo dejó todo para seguir la llamada del Señor. El ascenso del desprendimiento es claro, va gradualmente desde el exterior hacia el interior para terminar en la contemplación de Dios, meta del monje y de todas las renunciaciones que hizo a lo largo de su vida. Las renunciaciones son presentadas como un camino a recorrer, como una purificación progresiva que termina en una participación anticipada de la bienaventuranza de los santos¹⁰. Analizaremos a continuación cada una de las renunciaciones:

a. La primera renuncia

Hemos afirmado que, en la enseñanza de Casiano, la renuncia es triple y graduada. La primera es material y exterior. El Conferencista explica: «La primera renuncia es corpórea: es la que nos hace despreciar todas las riquezas y bienes de este mundo (*Prima abrenuntiatio est qua corporaliter uniuersas diuitias mundi facultatesque contemnimus*)» (Conf. III, 6).

Casiano habla de *contemnere*, es decir, de *despreciar* las riquezas que ofrece este mundo porque no tienen valor frente al bien sobrenatural que el monje elige abrazar. Implica un *menosprecio* de los bienes de esta tierra y un desapego de los lazos familiares, para seguir a Cristo con mayor libertad. Cuando un postulante entra al monasterio, se separa del mundo y elige imitar a Cristo en su vida de humildad, de pobreza, de trabajo y de abnegación hasta la cruz (Flp 2,7).

⁹ El texto de las *Conferencias* (o *Colaciones*) ha sido tomado de la siguiente edición: JUAN CASIANO, *Colaciones*, traducción de Dom León María y Dom Prospero María Sansegundo, Rialp, Madrid 1998². En adelante la obra será abreviada como *Conf.*

¹⁰ «La vida espiritual nos ha presentado de este modo como una purificación progresiva que termina para algunos con una participación anticipada en la bienaventuranza de los santos» (M. OLPHE-GALLIARD, «Cassien (Jean)», en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique*, tomo II (1a parte), Beauchesne, Paris 1953, col. 257).

Pero el maestro marsellés explica claramente que esta primera renuncia no es suficiente. Es necesaria una segunda, interior, la "renuncia del corazón".

b. La segunda renuncia

Abba Pafnucio continua su explicación: «Por la segunda, renunciamos a nuestra vida pasada, nuestros vicios, nuestras pasiones del espíritu y de la carne (*Secunda abrenuntiatio qua mores ac uitia affectus que pristinos animi carnisque respuimus*)» (*Conf. III, 6*).

Casiano había unido la primera renuncia a la invitación de Dios a Abraham: «Sal de tu patria, es decir, renuncia a los bienes de este mundo y a las riquezas de este mundo». Relaciona esta segunda renuncia con el mandato «Abandona a tu parentela». El conferencista explicita que «esto significa la vida y las costumbres de antaño, tan estrechamente unidas a nosotros desde nuestro nacimiento, que hemos contraído con ellas como una especie de afinidad y parentesco natural, cual si fuera nuestra propia sangre» (*Conf. III, 6*).

Este segundo grado de desapego es, por lo tanto, *interno*. Implica el abandono de la vida pasada de pecado, la mortificación de la "voluntad propia" y la lucha diaria contra los vicios. El maestro enfatiza aquí la necesidad de *purificarse de los vicios*, de los malos hábitos del "hombre viejo", según la expresión paulina (*Rm 6,6*), porque ellos son los obstáculos más serios que impiden el desarrollo de la caridad.

Esta renuncia a los vicios es tan importante y necesaria para el crecimiento de la vida espiritual, que Casiano dedicó la segunda parte de las *Instituciones cenobíticas* a explicar la naturaleza de cada uno, sus causas y sus remedios. Como Evagrio Póntico, los reagrupa en ocho: gula, lujuria, avaricia, ira, tristeza, acedia, vanagloria y soberbia. La purificación de estos vicios implica un largo y arduo *combate espiritual* que el monje debe emprender con paciencia y perseverancia. A través de ella, alcanzará un alto grado de libertad interior que le permitirá buscar a Dios en *la oración asidua*. El resultado de esta segunda renuncia es *la pureza de corazón* o caridad.

Casiano sintetizó esta purificación en *la imagen de la pluma ligera*. Cuando la pluma está libre de humedad, se deja llevar por el soplo del viento, por el contrario, cuando está cargada de la humedad ambiental, está pesada y no puede volar. De la misma manera, solo el alma, liberada de la pesadez de los vicios, puede dirigirse a Dios en el impulso de un corazón purificado y pacificado. Esta libertad interior es, por lo tanto, el fruto de la segunda renuncia.

c. La tercera renuncia

Casiano continúa el ascenso de la trilogía con el mandato a Abraham: «Aléjate de la casa de tu padre», o sea, aparta tus ojos del recuerdo del mundo presente. Explica: «La tercera renuncia consiste en retirar nuestra mente de las cosas presentes y visibles, para contemplar solo las cosas futuras, y desear solo las invisibles (*Tertia abrenuntiatio qua mentem nostram de praesentibus uniuersis ac uisibilibus euocantes futura tantummodo contemplamur et ea quae sunt inuisibilia concupiscimus*)» (*Conf.* III, 6).

Casiano habla de «retirar el corazón por completo» (*cor nostrum penitus amouentes*). Se trata de la lucha contra los pensamientos inútiles, llamados por él y por toda la tradición monástica, *cogitationes* o *logismoi*. Esta tercera renuncia es un trabajo interior delicado y difícil que dura toda la vida. Constituye el centro del combate espiritual al que se comprometía el monje el día de su entrada en la vida monástica. Dicho combate se entabla, principalmente, *contra los pensamientos vanos* porque nuestra alma es, por naturaleza, inestable. Casiano explica que nuestro espíritu está constantemente invadido por una multitud de pensamientos (*cogitationes*) que lo solicitan y monopolizan su atención. El monje debe reconocerlos por la virtud sobrenatural de la discreción. Debe aprender a rechazar los malos e inútiles y acoger los buenos y sobrenaturales.

He aquí *la llave maestra* del magisterio de Casiano: debido a la movilidad del alma, no está en poder del monje impedir que nazcan en ella una multitud de pensamientos, pero sí le es posible, mediante el ejercicio del *libre albedrío*, rechazarlos o aceptarlos. Este trabajo interior es comparado a la habilidad de un *molinero* que sabe elegir el grano que desea moler. La harina obtenida dependerá de la calidad de ese grano triturado.

En definitiva, esta tercera renuncia consiste en *la vigilancia de la mente* frente a los múltiples y variados pensamientos que se acercan a la memoria y a la imaginación.

Hemos tratado de analizar la enseñanza de Juan Casiano sobre las tres renunciaciones que son escalones ascendentes hacia la perfección monástica. Ellas no constituyen el fin de la vida espiritual sino *un medio absolutamente necesario* para lograr el verdadero propósito del monje que es *la contemplación de Dios*.

3. El fin de la renuncia, la contemplación de Dios

Hemos señalado que Casiano comienza la *tercera Conferencia* dedicada a la renuncia, con la llamada de Dios a Abraham: «Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre y vete a la tierra que yo te mostraré» (*Gn 12,1*). En esta orden de salida, Casiano ve una imagen de las tres renunciaciones que acabamos de analizar.

Es importante recordar que Abrahán respondió de inmediato al mandato de Dios y partió hacia una “tierra prometida”. Esta *meta a alcanzar* fue la fuerza motriz de su largo viaje y esta esperanza lo sostuvo en las adversidades. De la misma manera, el maestro marsellés enseña que el novicio abrazó la vida monástica para buscar la *contemplación de Dios*, las renunciaciones no constituyen un fin sino *el camino imprescindible* para su consecución.

En efecto, en la *primera Conferencia*, dedicada al *Objetivo y fin del monje*, el autor explica por boca de Abba Moisés la finalidad de la vida monástica. Allí afirma claramente que el esfuerzo principal del monje (*conatus*), la aplicación de su corazón (*destinatio cordis*) debe ser «que su mente esté siempre adherida a Dios y a las cosas divinas» (*diuinis rebus ac Deo mens semper inhaereat*). Es decir que *Dios* debe ser su principal interés, la razón de la existencia de su vida consagrada. Subraya:

Por tanto, éste debe ser nuestro principal objetivo y el designio constante de nuestro corazón: que nuestra alma esté continuamente adherida a Dios y a las cosas divinas. (*Hic ergo nobis principalis debet esse conatus, haec immobilis destinatio cordis iugiter adfectanda, ut diuinis rebus ac Deo mens semper inhaereat*). Todo lo que aparte de esto, por grande que pueda parecernos, ha de tener en nosotros un lugar puramente secundario o, por mejor decir, el último de todos. Inclusive debemos considerarlo como un daño positivo (*Conf. I, 8*).

Nos preguntamos en qué consiste, para Casiano, la contemplación de Dios, hasta qué punto el espíritu puede unirse con el Dios invisible e incomprensible.

Es importante advertir que Casiano distingue *diferentes tipos de contemplación*. En primer lugar, *la contemplación de la esencia divina*. Explica que esa visión perfecta de Dios está reservada para la vida eterna, es de carácter escatológico. Es Dios el objeto inmediato, sin intermediario, sin discurso mental. Sin embargo, en esta tierra el hombre puede *conocer y amar a Dios de una manera real pero imperfecta*.

¿Cuál es, entonces, *la naturaleza de esta contemplación* que debe determinar la perfección de la vida monástica? Casiano señala que Dios es bueno y se manifiesta de diversas maneras para que el monje pueda reconocerlo con “la mirada del corazón”. Por ejemplo, la

contemplación de Dios a través de sus atributos, de las criaturas, de su providencia, de los acontecimientos pasados o futuros, de sus múltiples beneficios. Pero la contemplación más importante es *ver a Dios en Jesucristo*, «imagen del Dios invisible» (Col 1,15). El monje debe fijar la atención de su espíritu en los misterios de su vida, especialmente en los de la Encarnación y la Redención. El conferencista afirma:

Es necesario que sepamos dónde hemos de tener siempre fijo nuestro espíritu y hacia qué objeto tenemos que dirigir constantemente la intención del alma (*Verum oportet nos scire ubi nostrae mentis intentionem debeamus habere defixam et ad quam destinationem semper animae nostrae reuocemus intuitum*) [...]

Comprendamos que nos hemos apartado del sumo bien cuantas veces nos percatemos de que nuestro espíritu anda envuelto en otros pensamientos. Debemos considerar como una infidelidad a nuestros ojos el alejarnos, aunque no sea más que un instante, de la contemplación de Cristo (*a Christi contemplatione*).

Luego que la mirada del alma se halla desviado de este divino objeto, volvámosla de nuevo hacia él y dirijámosle, como a norma rectísima de nuestra vida, los ojos del espíritu. Todo consiste en recogernos, en sumergirnos en ese santuario profundo del alma (*A quo deuiauerit paululum noster obtutus, rursus ad eum cordis oculos retorquentes uelut rectissima linea mentis aciem reuocemus. Totum namque in animae consistit recessu*) (Conf. I, 13).

Hay que señalar que Casiano designa esta actividad contemplativa del espíritu de varias maneras. Habla de la «intención de la mente» (*nostrae mentis intentionis*) que debe estar fija en Dios, de los «ojos del alma» (*animae nostrae intuitum*), de la «mirada del corazón» (*cordis oculos*). Utiliza las palabras *cor* (corazón) y *mens* (espíritu) que son recurrentes en sus obras y casi sinónimos. El sustantivo "corazón" lo toma de la tradición espiritual cristiana oriental, especialmente de Orígenes. En el maestro alejandrino, "corazón" es sinónimo de "espíritu" (*kardia, nous*). El gran conocedor de Casiano, Michel Olphe-Galliard SJ, señala que a través de la palabra "corazón" Casiano alude a la parte más viva de la mente, *al principio del conocimiento intuitivo* que pone al alma en contacto inmediato con Dios y la hace flexible a su acción¹¹.

Por su parte, el teólogo Florin Ciprian Petre, en su tesis doctoral sobre la antropología espiritual de Casiano¹², estudia en detalle los diferentes significados de la palabra "corazón" (*cor*). Explica que, en la pluma de Casiano, este término tiene un significado muy am-

¹¹ Cf. M. OLPHE-GALLIARD, «Cassien (Jean)», col. 229.

¹² Cf. F. CIPRIAN PETRE, *De l'homme extérieur à l'homme intérieur. L'anthropologie spirituelle de saint Jean Cassien*, Le Cerf, Paris 2021.

plio y rico porque representa aspectos fundamentales de su concepción de la interioridad. De hecho, para él, *el corazón y el hombre interior son identificables*. Por lo tanto, en sus escritos, el término *corazón* puede significar:

1. El santuario íntimo del hombre, en oposición a la exterioridad visible (*Conf. I, 22; Conf. VII, 16*),
2. Un lugar que se convertirá en templo del Espíritu Santo, en morada divina (*Inst. V, 21*),
3. La realidad profunda del hombre que no escapa a Dios, porque es Él quien ha creado el corazón del hombre y conoce sus secretos (*Conf. VII, 13*),
4. El lugar profundo y escondido donde el hombre interior se encuentra con Dios a través de la oración (*Conf. IX, 35*),
5. La sede de la acción moral (*Inst. VI, 2*).

En definitiva, para Casiano, la contemplación que el monje debe buscar en esta tierra no es un acto sino un *estado* que implica una *disponibilidad interior habitual*. Es ante todo un *vínculo único y exclusivo del espíritu con Dios, una unión existencial con Él*. Es de orden sobrenatural, un don de Dios que el hombre no puede adquirir con sus propias fuerzas. Es un anticipo de la vida futura, de la unión perfecta.

El investigador Olphe-Galliard SJ, sintetiza el tema de la contemplación en Casiano afirmando: «Dios se hace presente al alma y la transforma a través de *una unión, conocimiento y amor al mismo tiempo*, de la cual el espíritu (*mens, cor*) es el órgano [...] Este conocimiento no es una especulación dialéctica abstracta, sino *una experiencia concreta y vital*»¹³.

La vida espiritual del monje es, por lo tanto, un crecimiento en el amor, una *ascensión gradual* a la cumbre de la contemplación de Dios. Esta contemplación es fruto de la segunda y tercera renuncia de las que nos hablaba Casiano. Para alcanzarla es imprescindible *la pureza de corazón*. Es decir que, sin renunciar a los vicios y practicar las virtudes, es imposible saborear la presencia de Dios en el alma. A través de la caridad, el alma se ha convertido en "un santuario", un templo donde habita Dios. Casiano afirma: «Todo esto tiene lugar en lo más profundo del alma (*Totum namque in animae consistit recessu*). Tan pronto como el demonio es expulsado y los vicios son desterrados de él, el Reino de Dios se establece en nosotros» (*Conf. I, 13*).

Finalmente, el abad marsellés enseña que el medio por excelencia para unirse con Dios es *la oración continua* por la que el monje

¹³ M. OLPHE-GALLIARD, «Cassien (Jean)», col. 261.

entabla con el Huésped divino un diálogo ininterrumpido. En la vida monástica, *la meditación asidua de la Sagrada Escritura* y *la recitación frecuente de los Salmos* son instrumentos privilegiados para dirigir la atención del corazón a Dios, presente en el alma por la caridad. Por lo tanto, es *a través de la oración* que el monje se une con Dios, que le ofrece los afectos más profundos, sus deseos más íntimos. Es a través de ella que el monje *entra en comunión con ese Dios-Amor* que habita en su interior y que lo invita a entrar en diálogo amoroso con Él.

Conclusión

Hemos comenzado este trabajo con la afirmación de que *la renuncia* es el fundamento de la vida cristiana, especialmente de la vida monástica. Hemos tratado de resaltar su importancia en las enseñanzas de Juan Casiano quien privilegia llamar al monje como «*el que renuncia a este mundo*». Ante la elección de este apelativo, nos preguntamos sobre la naturaleza de esa renuncia y su lugar en el proceso de crecimiento espiritual: ¿de qué renuncia habla Juan Casiano? ¿Cuál es su finalidad?

A lo largo de este trabajo hemos intentado demostrar que el *desprendimiento* es la base del compromiso monástico y el medio *sine qua non* para alcanzar su fin último, *la contemplación divina*. En efecto, poder vivir habitualmente bajo la mirada de Dios, acostumbrarse a esta Presencia amorosa en el centro del corazón, entrar en comunión con este divino Huésped, implica para el monje *un arduo proceso de purificación*.

Hemos señalado que el día de su entrada en la vida monástica, el novicio inició *un camino espiritual* constituido por *las tres renunciaciones* de las que habla Juan Casiano. *La primera* es externa. Implica un menosprecio de los bienes de este mundo y un desapego de los lazos familiares para seguir a Cristo con mayor libertad. *La segunda* es interna. Implica el abandono de la vida pasada de pecado, la lucha diaria contra los vicios y la adquisición lenta de las virtudes. *La tercera* es la más difícil y continúa hasta el final de la vida. Consiste en la vigilancia de los diferentes pensamientos que se acercan a la memoria y a la imaginación para rechazar los *logismoi* que distraen al alma. Casiano explica que *esta trilogía es ascendente e inseparable*; es la expresión de una ascensión interior hacia la cumbre de la perfección de la caridad, de la intimidad con Dios. Ella conduce al monje al objetivo de su vida, *la contemplación*.

En resumen, Casiano quiere enseñar que la vocación monástica es una invitación especial y gratuita de Dios a la comunión con Él, una comunión que será perfecta en la vida eterna, pero que se

puede anticipar en esta tierra, en el santuario del alma en gracia, a través de *la oración incesante*. La oración es vital en la vida de un monje cuya vocación específica es *tener siempre la mirada de su mente dirigida hacia Dios*. En consecuencia, para Casiano, *ser monje* es sinónimo de *ser una ofrenda*, es decir, un *hombre de oración continua*, un *hombre cuyo corazón está totalmente ofrecido a Dios*.

El Abad de San Víctor nos invita a vivir, desde esta tierra –aunque sea de manera imperfecta– nuestra vocación cristiana a *la divinización a través de la caridad y la contemplación*. En definitiva, nos enseña la importancia y la necesidad de la renuncia en todos sus aspectos y grados, porque la virtud de la caridad solo puede reinar en el alma a través de este triple desprendimiento.